JOSÉ MARÍA POZUELO

LA FICCIONALIDAD

La crisis de la literariedad

El interés de la teoría literaria actual por la ficcionalidad nace fundamentalmente de este cambio de paradigma que sustituye una poética del mensaje-texto, por una poética de la comunicación literaria. La lengua literaria no sería tanto una estructura verbal diferenciada como una comunicación socialmente diferenciada. Lo literario se indaga, tras la crisis de los modelos estructuralistas, no en el conjunto de rasgos verbales o propiedades de la estructura textual, sino en el ámbito de ser una modalidad de producción y recepción comunicativa. Y en esa modalidad ocupa lugar preeminente la ficcionalidad.

José María Pozuelo, «La ficción en la poética contemporánea», en *Poética de la ficción*, Síntesis, Madrid, 1993, pp. 64-70.

Este contexto científico que obligó a la teoría de la literatura a mirar la definición del estatuto ficcional desde el lado de su caracterización topólogica: qué lugar ocupa como discurso de realidad, y al margen de las condiciones de su textualidad, ha producido una quiebra no deseada de la trayectoria histórica de la poética y ha tenido consecuencias poco afortunadas. Una de ellas es el abandono de la responsabilidad de dirimir la ficcionalidad —como otras muchas nociones— no en términos metafísicos, como se viene haciendo, sino en términos de la propia configuración retórica que adopta el texto, precisamente desde y por su estatuto ficcional.

Dicho de otro modo: la línea aristotélico-cervantina [...] se ha quebrado en algunas de las propuestas triunfantes en la bibliografía contemporánea sobre la ficción, para proponerse como una perspectiva metafísica: qué es la ficción en el debate ficción/realidad como si fuese posible dirimir la ficcionalidad en términos de estatuto lógico **verdad/no verdad** del discurso, al margen de la retorización propia del fenómeno de la realidad que la literatura instituye.

De la oposición **verdad/mentira** tratan también Martínez Bonati y Vargas Llosa.

Frente al relativismo aristotélico que albergaba la noción de verosímil, como categoría estética y convencional, hay direcciones de la poética contemporánea interesadas en re-situar el debate sobre la ficcionalidad en términos de su topología absoluta: el lugar de la literatura frente a un hipotético discurso de «verdad» o de «realidad auténticamente real». En gran medida esto ha podido suponer una cierta recuperación de la mirada del Platón de *La República*, sobre todo en las propuestas provenientes de la filosofía analítica que concuerdan con la expulsión de la literatura del reino donde se deciden los discursos de realidad, factuales.

Creo que la importancia relativa dada a la intervención de la filosofía analítica en el problema de la ficcionalidad literaria nace en gran medida de la quiebra de la continuidad para la propia poética. La quiebra de los modelos estructuralistas ha llevado a importantes corrientes de la teoría literaria a desconfiar visiblemente de cuanto suponga una responsabilidad para con la configuración retórico-elocutiva del suceder literario y al arrojar por la borda la física de la textualidad se ha arrojado simultáneamente una problemática histórica, de muy ricas aportaciones, [...] y que —con menores angustias o urgencias

anti-textuales— habían situado la dialéctica convención/texto, retórica/pragmática en un rico flujo de interdependencia que pudimos atisbar muy inteligentemente entrevista en las poéticas aristotélica y cervantina.

La importancia de la ficcionalidad en el contexto de la teoría literaria contemporánea se explica también por otro fenómeno [...]: la ficcionalidad no es una zona más de la teoría literaria sino un eje que está incidiendo sobre los diferentes lugares. Afecta por un lado a la ontología: qué es la literatura; por otro a la pragmática: cómo se emite y recibe la literatura; también a la retórica: cómo se organizan los textos ficcionales. Afecta asimismo y de modo medular a una teoría de los géneros: de hecho la diferencia que Hamburger (1957) y recientemente G. Genette (1991) plantean para la poesía lírica radica en su peculiar estatuto marginal frente a una poética de la ficción, que sería desarrollada en las modalidades narrativas. O por enunciar un fenómeno [...]: el género autobiográfico, a la autobiografía como fenómeno discursivo le es esencial la discusión sobre la ficcionalidad, tanto, que actúa como género-frontera, como uno de los límites en la consideración teórico-literaria del fenómeno.

Se compromete allí, y de igual modo con la discusión sobre la ficción, el problema de la enunciación: el «yo» literario y el «yo» real, etc. Fenomenología, ontología, narratología, pragmática, retórica. Nada hay de la teoría literaria que no se vea afectado por el estatuto ficcional del discurso literario.

Tan diversos dominios y perspectivas sobre la ficción, provenientes de ciencias y metalenguajes diversos, han propiciado un singular fenómeno de dispersión y heterogeneidad. No es empobrecedora, sino todo lo contrario tal situación para la teoría, pero arroja a la vez un inconveniente: la incomunicabilidad real de algunas de tales propuestas, de modo tal que vienen a producirse en ellas flagrantes anacronismos. Especial relieve negativo creo que cobra este fenómeno en el caso de las teorías provenientes de la filosofía analítica para con las que tienen su origen en la poética más tradicional.

Hay un profundo divorcio entre estas dos tradiciones críticas sobre la ficción literaria. Una parte de la filosofía analítica, por ejemplo, tiende a separar, cuando aborda la cuestión de la ficción literaria, el sustantivo del adjetivo y plantea la ficción en términos de relación lenguaje-realidad subsumible en una lógi-

ca del juego lingüístico en que el uso ficcional del lenguaje se entiende separable de sus contextos de producción y recepción, entendidos como contextos históricos. Hay en esta vertiente una visible des-historización del proceso y por ello su insistencia en dirimir la ficción como «acto» pragmático que se contempla a-crónicamente como un fenómeno lógico-lingüístico. Una lingüística de la acción, una pragmática que sin embargo no sitúa esa acción en el eje de coordenadas históricas y situacionales en que se produce, cuando esa situación no es una situación de habla sin intervenciones institucionales. Se imagina así, en cambio, para beneficiar el punto de vista lógico-general y abstracto. Para esta corriente [...], los actos de ficción son actos del suceder lingüístico y su pragmática es locucional, sin tener en cuenta la naturaleza del adjetivo en el sintagma «ficción literaria».

Al proceder así no se beneficia de importantes aportaciones de la teoría literaria de otra procedencia que ha revelado precisamente la ficcionalidad literaria como un fenómeno afecto a órdenes muy diversos del lingüístico-lógico. Me mueve la convicción de que la ficción en literatura nunca podrá explicarse con éxito en órdenes que hagan abstracción de la carga que históricamente han acumulado las palabras «autor, lector, escritura, mímesis, imaginación», etc.

Por poner un ejemplo: la noción de locutor que maneja la filosofía analítica, cuando interviene en su propio horizonte, es fundamentalmente ajena a la problemática de la noción de «**autor**», y si los dominios de esa corriente y los de la poética no discurrieran tan separados y paralelos, no podría sostenerse tan ingenua caracterización del emisor del acto de habla literaria. Las muchas y complejas teorías sobre la categoría misma de «autor» o de «lector», de no ser tan incomunicables ambos dominios, habrían ayudado a salvar el anacronismo en que caen hoy muchos filósofos analíticos cuando hablan del emisor-autor como el locutor de un acto de habla ficticio.

Sobre el **autor** conviene repasar los artículos de Ayala, Booth, Butor, Calvino y Chatman.

Igual podría decirse —y de modo paralelo— desde el otro lado, cuando a menudo la teoría literaria no ha incorporado siempre con rigor los aportes de la ontología y de la fenomenología, para el tratamiento de cuestiones como «**ficción realista**», cuando se establecen categorías internas dentro de la ficción, como si el realismo y la literatura fantástica, por poner un

Para explicar la **ficción realista** propone, al cabo, Albaladejo su ley de los máximos semánticos.

ejemplo, fuesen grados de ficción que cuantitativamente midieran su respectivo aporte ficcional, sin duda no diferente en uno y otro caso.

Realismo y ficción

La crítica literaria maneja de modo excesivamente laxo categorías como «realismo» y a menudo cae en flagrantes inexactitudes respecto a una noción de ficción al oponer ficción/realismo (categorías no contrapuestas en modo alguno [D. Villanueva, 1992]). En gran parte este fenómeno se da por la dificultad que la crítica literaria tiene para manejarse en categorizaciones de «realidad» una vez la gran época de la novela realista ha impuesto a nuestros ojos unas lentes de difícil sustituibilidad. Lázaro Carreter ya señaló por ello lo controvertido del concepto crítico-literario de «realismo» (1976, pp. 121-142).

¿Cómo leer en términos de realidad, de hechos anotados con propiedad, un texto novelístico? Nada hay más irreal que una novela realista, donde se nos habla de acontecimientos internos que nadie ha podido propiamente conocer, o se nos distraen multitud de detalles que serían necesarios para una efectiva realización de ese mensaje como mensaje de realidad.

El lector, sin percibirlo, rellena vacíos, supone cosas, ilumina zonas oscuras, en una actividad hermenéutica largamente estudiada por W. Iser (1976), arrancando de propuestas semejantes de la fenomenología de R. Ingarden (1931), en que la vaguedad descriptiva, que es real, obtiene apariencia de detalle o en que aseveraciones que un individuo hace estando solo o pensamientos que fluyen en su interior son declarados o descritos sin que ninguna mente pueda justificarlos como realidad. Como afirmaba Félix **Martínez Bonati**: «Convendremos en que ningún ser humano puede tener tales percepciones, vale decir, en que estas aseveraciones narrativo-descriptivas son gnoseológicamente ilegítimas ... Cuando leemos el texto "como una novela", el sentido se nos da llanamente, sin conflictos lógico-gnoseológicos. Tales frases nos parecen naturales y legítimas en un texto novelístico» (1992, p. 62).

Martínez Bonati detalla este análisis en «El acto de escribir ficciones».

Nos hemos acostumbrado tanto a leer **realistamente** la ficción realista que nos cuesta mucho categorizarla en lo que es en términos de su lógica: una ficción tan irreal como la que propone viajes fantásticos a países de otras galaxias. Si mirásemos en términos lógico-gnoseológicos la literatura surgirían tales conflictos que nociones crítico-literarias de gran tradición e influencia como «literatura realista» o «literatura fantástica» caerían

La lectura **realista** ya es considerada como un factor en la motivación correspondiente por Tomaševskij y es incorporada por Villanueva al realismo intencional.

desplomadas y se igualarían —en ese terreno, diferente del estilístico— como realizaciones netamente ficcionales, sin grados intermedios plausibles. Claro está que se sostienen en términos de «estilizaciones», pero no desde el punto de vista de su estatuto lógico-ficcional.

Estas últimas consideraciones atraen la cuestión a una zona, con la que concluiré la introducción a las teorías de la ficción contemporáneas: muchas de ellas han obliterado evidencias que forman parte del sentido común. Ningún lector cuando lee es un lector inmediato que se apreste al acto de su lectura sin las mediaciones de una cultura de siglos, y en la zona de su propia cultura. Es ingenuo pensar que la ficción literaria puede ser la misma para un habitante de una cultura primitiva sin tradición de literatura realista o con una literatura apegada al mito que para el lector occidental educado en los patrones de realidad que su propia literatura ha contribuido a forjar (como lo ha contribuido para aquél).

De igual modo, sólo una mirada descomprometida con la propia teoría literaria de siglos podría afirmar que la ficción literaria puede dirimir su estatuto de modo igual para el lector de Joyce que para el que fuera lector de los libros de caballerías o el de *roman courtois* medievales o el oyente de fábulas epopéyicas. Una de las vías más apasionantes, a las que la poética contemporánea apenas ha contribuido, sería la del análisis de los comentarios sobre la ficción desde diferentes modelos culturales y de cómo tales modelos se forjan interdependientes con su propia producción ficcional. Da cuenta de este fenómeno la dificultad que el lector —incluso el culto— tiene hoy para representarse a sí mismo la profunda «irrealidad» de una novela como *El Jarama* de Sánchez Ferlosio. Precisamente una de las conclusiones [es] la necesidad del lector de «evitar esa reflexión» cuando entra en el dominio de la ficción.